

Redención particular



Prof. Herman Hanko

Introducción

No hay calvinistas de cuatro puntos en el mundo. Estoy seguro de que, en un momento u otro, al haber discutido asuntos de la verdad con otros, has conocido a personas que han afirmado ser calvinistas de cuatro puntos. No en todos los casos, pero en casi todos los casos, el único punto del calvinismo que los cuatro punteros afirman rechazar es la redención particular. Debemos establecer desde el principio el hecho de que es imposible mantener los otros cuatro puntos del calvinismo y repudiar la redención particular.

He conocido a estos calvinistas de cuatro puntos; está claro que no son calvinistas en ningún aspecto. Por ejemplo, no se aferran firmemente a la doctrina bíblica de la doble predestinación soberana. No pueden; es imposible. Incluso en lo que respecta al propio pensamiento y compromiso con la Palabra de Dios, es imposible negar la redención particular y aferrarse a la predestinación, porque los dos están inseparablemente conectados. Están inseparablemente conectados porque, primero, los Cinco puntos del calvinismo, tomados en conjunto, forman una unidad que constituye la doctrina bíblica de la gracia soberana y particular. Negar un punto es restar valor a la verdad de la gracia soberana y particular y, por lo tanto, negar los otros puntos. Segundo, la obra de redención que

Cristo realizó en el calvario fue la revelación de Dios de todo Su plan de salvación para los elegidos.

No debemos decirle a un calvinista de cuatro puntos, "hermano, ¿crees cuatro puntos del calvinismo? No estás lejos del reino; solo te falta uno más". Sin comprometerse con una redención particular, uno no cree ni puede creer ninguno de los otros cuatro puntos.

La verdad de la redención particular es una verdad en cuestionamiento hoy. Es una verdad que es negada por casi todo el mundo eclesiástico. Es extraño, casi increíblemente extraño, que haya tan pocos que se aferren a la verdad de la redención particular. Esta negación de la redención particular se encuentra incluso entre aquellos que dicen ser calvinistas. Tan firmes son los universalistas que escriben libros para intentar probar que el propio Calvino creía en la expiación universal.

Aunque una parte importante de lo que tengo que decir va a tratar con la cuestión del alcance de la expiación (es decir, por quiénes murió Cristo), quiero hablar del sufrimiento y la muerte de Cristo desde un punto de vista más positivo también. Estamos tratando con lo que es el corazón del evangelio. Pablo resume todo su ministerio evangélico con las palabras: "nosotros predicamos a Cristo crucificado" (I Corintios 1:23). Eso significa que, si uno niega el sacrificio expiatorio de Cristo Jesús en cualquier aspecto, incluyendo la particularidad de la expiación, uno destruye el evangelio de Cristo Jesús. Y si puedo hacer eso de manera personal por un momento, significa que al destruir lo que es el corazón mismo del evangelio, uno destruye lo que cada creyente necesita saber y quiere saber. Un creyente nunca se cansa de escuchar el evangelio de su redención.

Primero, consideraremos el significado de los términos que las Escrituras usan para describir el sacrificio de nuestro Señor Cristo Jesús. En segundo lugar, consideraremos las objeciones que se han presentado a lo

largo de los años contra este segundo punto del calvinismo. ¿Por qué se han formulado estas objeciones? ¿Cuál es el carácter de ellas? ¿Cuáles son las consecuencias de tal negación? Finalmente, quiero hacer algunos comentarios acerca de cómo el sacrificio expiatorio de Cristo se convierte en nuestra salvación.

Redención

Es mejor tratar, en primer lugar, con esas palabras en la Biblia que describen la obra de Cristo en la cruz mientras sufría y moría por el pecado. La Escritura hace uso especialmente de varios términos, cuatro de los cuales son particularmente importantes, porque nos ayudan a entender la naturaleza de la obra de Cristo.

La primera palabra a la que quiero prestar atención, usada repetidamente en el Nuevo Testamento, es la palabra redención. La obra de Cristo en la cruz se describe en muchos pasajes como la obra de redención. En Gálatas 3:13, Pablo declara, en relación ahora con la ley de la antigua dispensación, “Cristo nos *redimió* de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición”. Pedro habla de ser redimido “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (I Pedro 1: 18-20).

La redención es una palabra que la Escritura tomó del griego clásico. Tanto en el griego clásico como en el griego hablado en los días de los apóstoles, la palabra redención se refería al pago de un precio por un esclavo. Si alguien viera a un esclavo en el mercado de esclavos de Roma, por ejemplo, y quisiera comprarlo, no con el propósito de hacerlo suyo, sino con el propósito de asegurar la libertad de ese esclavo, uno pagaría un precio igual al valor del esclavo. Habiendo pagado el precio,

liberaría al esclavo. Las escrituras hacen uso de ese término para describir un aspecto del sufrimiento y el sacrificio expiatorio de Cristo. Él nos redime.

La implicación obvia es, en primer lugar, que Él nos ve como esclavos, esclavos que, en las cadenas enredadas de nuestra esclavitud, están condenados a la destrucción. Él paga un precio que asegurará nuestra libertad de la esclavitud en la que estamos retenidos, la esclavitud y servidumbre del pecado. Un aspecto del término redención es que el precio para asegurar nuestra libertad de la esclavitud del pecado corresponde al valor que tenemos a los ojos de Dios. Dios pagó el precio de la sangre de Su propio Hijo, el precio más alto posible que Él podía pagar. Por lo tanto, cuando la palabra redención se usa en las Escrituras para describir el sacrificio de Cristo, la Escritura indica que a los ojos de Dios aquellos por quienes se pagó el precio de la sangre del Hijo de Dios demandaron el precio más alto posible porque el pueblo de Dios tiene un valor casi infinito para Dios.

Ahora debemos tener cuidado al entender esto. El valor que Dios ve en nosotros no es un valor que se encuentra en nosotros. No tenemos ningún valor. No tenemos ningún valor, en primer lugar, porque somos criaturas, creadas por Dios, sostenidas por Su poder, sostenidas a cada momento por Su providencia, de modo que somos total y últimamente dependientes y de modo que nuestra existencia puede terminar en un momento simplemente si él deja de hablar Su Palabra que nos sostiene. Pero mucho más que eso, no tenemos ningún valor a los ojos de Dios porque somos pecadores. ¿Cómo puede un pecador, un rebelde, uno que golpea su puño en el rostro de Dios, tener algún valor a los ojos de Dios? Cuando las Escrituras hablan del gran valor que el pueblo de Dios tiene en la mente de Dios, hablan de ello desde el punto de vista del propósito eterno e inmutable de Dios de glorificarse a sí mismo a través de Cristo en su iglesia. Dios

ama a su pueblo. Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito (Juan 3:16). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (I Juan 4:10). En la mente de Dios, de acuerdo con el decreto de elección y en Su propósito eterno e inmutable, Él ve a Su pueblo como de gran valor para Él, no por lo que son, sino porque Él se ha propuesto hacerlo Su novia y morar con ellos en comunión de pacto para siempre.

El amor de Dios es un factor crucialmente importante en el sacrificio redentor de Cristo. Él nos ama. Él no nos ama por lo que somos; no por lo que podemos contribuir a Su gloria; Él simplemente nos ama por amor a Su propio nombre porque Él se ha propuesto amarnos, y ese amor es tan grande que ningún precio es demasiado alto para pagar con el fin de asegurar nuestra salvación. Es un amor que está arraigado en Su amor por Sí mismo como el único Dios vivo y verdadero. Es un amor poderoso y eficaz. Es un amor que determinará todo lo que sucede en el cielo y en la tierra y en toda la historia del universo, para que la historia sirva para llevar a Su pueblo a Él. Todo en el consejo eterno de Dios está determinado con Su mira en Su pueblo. Ese es el amor que logra la redención en Cristo. Además, por la compra de Cristo con Su sangre, Él no sólo nos libera de la esclavitud del pecado, sino que Él nos hace Su posesión, Sus esclavos. Decimos, con confianza, que nuestro único consuelo es que *pertenece*mos a nuestro fiel Salvador, Cristo Jesús (*Catecismo de Heidelberg*, R. 1).

Ahora tratemos de encajar eso en el esquema de expiación universal. No puede hacerse. La redención está arraigada en el amor eterno e inmutable de Dios que hará todo lo que tenga que hacerse para salvar a la iglesia. El amor de Dios revelado en la redención no puede ser un amor para todos los hombres. Es un precio que es pagado por Dios mismo en Su propio Hijo, para asegurar nuestra

redención de la esclavitud. Sólo una de dos opciones es posible: o todos son salvos porque Dios ama a todos los hombres con un amor salvífico (en cuyo caso nadie puede ir al infierno) o Dios ama sólo a aquellos por quienes Cristo murió.

Reconciliación

La segunda palabra que se usa en las Escrituras, que es una palabra igualmente importante, es la palabra reconciliación. Esa palabra se encuentra, por ejemplo, en Romanos 5:10: "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida". La reconciliación es una palabra poderosa; es una palabra que debe ser entendida apropiadamente por un creyente reformado.

La figura de un matrimonio roto por el adulterio de uno de los cónyuges se utiliza a menudo para explicar la reconciliación. Toda la imagen de la reconciliación se describe de tal manera que el adulterio de uno de los cónyuges ha provocado una interrupción en la relación matrimonial. Pero hay esperanza de reconciliación, por lo que se llama a un tercero: un consejero matrimonial con un título en psicología y asesoramiento, que reúne a las dos partes en desacuerdo. Los sienta alrededor de una mesa y escucha este lado de la historia y aquel lado de la historia. Aprende cuáles son las quejas de esta y cuáles son las quejas de aquella. Y si es un consejero hábil, exitoso en el arte de la flexibilidad y hábil para calmar la irritación de aquellos que están en desacuerdo entre sí, puede unir a los dos. Así que la figura se presenta como la doctrina bíblica de la reconciliación. Hemos pecado y el resultado es que Dios está enojado con nosotros. Un tercero es llamado ahora para intervenir en esta disputa entre Dios y el hombre para ver si se puede lograr la reconciliación. Cristo es el mediador. Él interviene para pacificar a Dios y

apaciguar Su ira, e intenta convencer al hombre de que ahora debe reconciliarse con Dios. Así Cristo hace su parte para restaurar la armonía entre Dios y el hombre.

Ahora, es cierto que Dios está casado con su pueblo. Él se ha propuesto eternamente casarse con Su pueblo. También es cierto que esa relación, desde nuestro punto de vista, ha sido quebrantada por nuestro pecado. Si volvemos a Adán, esta fue quebrantada por el pecado de Adán del cual somos responsables, y por el cual debemos ser castigados. Pero desde el punto de vista de Dios, el pecado del cual somos culpables nunca rompió la relación matrimonial. Dios permanece fiel. Cristo no es alguien que es llamado como un tercero para tratar de unir a Dios y al hombre para aplacar la ira de Dios y de alguna manera u otra para persuadirnos de reconciliarnos con Dios, de modo que después de intervenir con éxito como mediador, Dios se reconcilia con nosotros y nosotros somos reconciliados con Dios. No, note cómo lo expresa el texto en Romanos 5:10. "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo...". Mientras éramos enemigos, Dios nos reconcilió consigo mismo. O, como Pablo lo pone en II Corintios 5:19, "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo". No tenemos nuestra parte en la disputa; no tenemos nada que podamos alegar. Dios, por su parte, no tiene que ser aplacado hacia nosotros, porque su actitud hacia nosotros es un amor eterno, inmutable en su propio ser divino. Dios estaba en Cristo reconciliándonos consigo mismo por la muerte de Cristo. Dios es el reconciliador. Él logra la reconciliación quitando la causa de nuestra alienación, es decir, nuestro pecado. A través del Espíritu de Cristo, somos soberanamente traídos de vuelta al vínculo matrimonial y somos hechos fieles a él. No tenemos nada que ver con ella, excepto ser los objetos de Su gran y maravillosa obra de reconciliación. Y de nuevo, detrás del sacrificio expiatorio se encuentra la maravilla del amor de

Dios por su pueblo, cuyo amor no conoce cambio y que permanece eterno en los cielos.

Satisfacción

La tercera palabra sobre la que deseo llamar su atención es satisfacción. Esa palabra no se encuentra en las Escrituras mismas con referencia al sacrificio expiatorio de Cristo, aunque la idea está ahí. La palabra misma aparece en nuestros credos, en las *Tres Formas de Unidad*, así como en la *Confesión de Westminster*. Aparece en las *Tres Formas de Unidad*, en el *Catecismo de Heidelberg* en los días del Señor 5 y 6. Aparece también en los *Cánones de Dordt*, cuando los *Cánones* están discutiendo la muerte de Cristo y la redención de los hombres (II:1-3), así como en la *Confesión Belga* (Artículos 20, 21, 34). Es un término confesional de gran importancia y poder.

Como es cierto para los términos redención y reconciliación, la satisfacción también implica la obra de Dios de lograr la salvación en el sacrificio expiatorio de Cristo. Dios es santo, justo y recto. Dios creó al hombre bueno y recto. El hombre pecó y, como enseñan los días del Señor 4 y 5, el hombre incurre en deudas debido a su pecado, una deuda que debe pagarse para que podamos ser restaurados al favor de Dios. Sería una negación de la propia naturaleza de Dios como santa y justa, si Dios no exigiera el pago de la deuda que el hombre, a causa de su pecado, le debe. Pero el hombre no puede pagar esa deuda, no sólo porque sigue siendo un pecador, sino porque el pago mismo de la deuda es humanamente imposible. Incluso si él le debía a Dios una deuda por un solo pecado que había cometido; aunque pudiera ser liberado de la responsabilidad de su pecado en Adán; incluso si viviera una vida de perfección desde el momento de su nacimiento hasta el momento de su muerte, no podría pagar la deuda.

Es aquí donde la palabra mérito entra en escena. Para pagar la deuda por un solo pecado, el hombre tendría

que hacer mérito ante Dios. Tendría que tener a su disposición algo más allá de su obligación diaria de obediencia a Dios, porque el hombre es un deudor en cada momento de su vida. Él siempre le debe obediencia a Dios. Una vida de obediencia perfecta es sólo el pago de las facturas presentes. Pero se le debe pagar a Dios por nuestra deuda de desobediencia. Nuestra deuda es enorme: debemos por el pecado de Adán del cual somos responsables, le debemos a Dios por nuestra naturaleza pecaminosa con la que nacimos, y le debemos a Dios por todos los pecados que cometemos cada segundo de nuestras vidas.

Está en la naturaleza de Dios exigir que el hombre pague la deuda; Dios no puede simplemente decirle al pecador: "Oh, siento mucha pena por ti, pobre hombre. Tienes una deuda terrible y nunca podrás pagarla. Me olvidaré de eso; cancelaré la deuda". Eso es imposible. Es imposible simplemente por el hecho de que sería una negación de la justicia y la santidad de Dios. El hombre pisotea bajo los pies la santidad de Dios. El hombre lo desprecia; el hombre escupe en la cara de Dios. Para que Dios diga, "está bien. No me molestaré por eso; lo olvidaré", sería una calumnia de la propia santidad de Dios. La deuda debe ser pagada. Y cuando el pecado es visto desde el punto de vista de la deuda, entonces nuestros credos dicen que la idea que está detrás del sacrificio expiatorio de Cristo es la satisfacción. La deuda está pagada. Pero no se olviden: Dios paga la deuda. Esa es la maravilla de la expiación: Dios paga la deuda. Yo no puedo; ustedes no pueden; un ángel no puede; nadie puede. Todos los sacrificios de la antigua dispensación no podían pagar la deuda. Dios puede; Dios lo hace; Dios en la persona de su propio Hijo. Esa es la cruz.

Una vez más, tratemos de encajar en la idea de satisfacción la noción de una muerte de Cristo por todos. Si es cierto que Cristo murió por todos, el simple hecho del

asunto es que la deuda es pagada por Cristo por cada hombre. ¿Por qué, entonces, no todos los hombres son salvos? Es por eso que todo el arminianismo y todos los que le hacen injusticia a la cruz de Cristo al convertirla en una cruz para todos, terminan en el campo de los modernistas y se ven obligados a enseñar el universalismo. No hay otro lugar a donde ir. El arminianismo en todas sus formas es un modernismo incipiente.

Propiciación

La última palabra a la que quiero llamar brevemente su atención se encuentra en I Juan 2:2: “Y él es la *propiciación* por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Es casi como si las Escrituras quisieran decir: “La cruz de nuestro Señor Cristo Jesús es tan rica en su significado y la doctrina del sacrificio expiatorio de Cristo es tan grande que una palabra no puede comenzar a hacerle justicia”. Debemos usar todas estas palabras para que podamos entender algo del poder del gran sacrificio de Cristo. La propiciación, es una palabra que realmente pertenece al Antiguo Testamento. Es una palabra que tiene referencia al gran Día de Expiación en el calendario del pueblo judío. Es una palabra que se refiere a la actividad del sumo sacerdote que iba en el Día de la Expiación, no sin sangre (Heb. 9:7), al Lugar Santísimo y rociaba sangre sobre el propiciatorio del arca como expiación por los pecados del pueblo, así como por la tribu de Leví y por el sumo sacerdote mismo, alejando así Su santa ira. La idea era que el arca del pacto era el símbolo de la comunión del pacto de Dios con Su pueblo en Cristo Jesús. El arca era una imagen de Cristo. Esta verdad se enseña en el Salmo 68. El Salmo 68 fue el salmo que David escribió cuando el arca fue llevada de la casa de Obed Edom a una tienda en el Monte Sion. David escribió el Salmo 68 en ese momento para mostrar que, al llevar el arca a una tienda en Sion en Jerusalén, se nos da

una imagen de la ascensión de Cristo Jesús. Así que el arca en el templo es el símbolo de la comunión de Dios con su pueblo en Cristo. Es posible que Dios tenga comunión con Su pueblo solo porque la sangre era rociada sobre el propiciatorio. La palabra propiciación, por lo tanto, tiene la idea de sangre rociada sobre el propiciatorio cubriendo los pecados de la gente. Lo único que podía cubrir sus pecados era sangre. Pero ese cubrir era tan completo que Dios ya no podía verlos. Estaban escondidos de Él. Así que las Escrituras usan la propiciación para indicar que debido a que la sangre de toros y machos cabríos no podía ocultar el pecado de Dios, la sangre de Cristo, del propio Hijo de Dios, ocultaba tan completamente los pecados de Su pueblo, que Dios no podía verlos más y Su ira se apartaba. De hecho, todo lo que Él podía ver era un pueblo sin pecado, justo y santo, apto para vivir con Él en comunión de pacto sempiterno como Su novia. Esa es la idea de la propiciación. Tratemos de aplicar esta idea de propiciación al concepto arminiano de expiación universal. Todos los pecados de cada hombre que alguna vez vivió están ocultos a la vista de Dios, por la sangre de Cristo. ¿Cómo puede enviar a alguien al infierno? Sería una injusticia del tipo más grotesco que Dios enviara al infierno a una persona en quien Él no ve pecado. Además, si se hizo propiciación para todos los hombres cabeza por cabeza, y la ira de Dios fue evitada para todos, ¿cómo podría alguien sufrir esa misma ira en el infierno?

Estas palabras son palabras poderosas, palabras maravillosas, palabras tan importantes en las Sagradas Escrituras, que, si ustedes hablan de una muerte de Cristo para todos los hombres, destruyen el significado de las cuatro palabras. Les roban todo su poder. Eso es lo que hacen los arminianos.

La preposición “por”

Hay un punto más en las Escrituras al que debo llamar su atención. Con frecuencia hago uso de este punto en la clase de griego, cuando busco persuadir a los estudiantes, que están aprendiendo griego, de que presten atención a cada palabra de las Escrituras infalibles, incluidas las preposiciones. Las preposiciones son pequeñas palabras que los estudiantes de griego tienden a pasar por alto. Las Escrituras dejan claro que un aspecto de la expiación de Cristo, de importancia crucial, pende de las preposiciones, a menudo sólo pequeñas palabras de dos, tres o cuatro letras. Me refiero ahora a las preposiciones que se traducen con mayor frecuencia en la Versión Autorizada (VA) con la palabra “por”.⁷ Este es el caso en Romanos 5:8: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió *por* nosotros”. Es esa pequeña palabra “por”. Ahora bien, hay, de hecho, tres preposiciones separadas en griego que se traducen, en términos generales, en la VA por la palabra “por”. En esas tres preposiciones están ligadas dos verdades específicas. Una de esas verdades es que Cristo murió *en nuestro lugar*. Cuando Romanos 5:8 dice, “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”, el significado es que Él murió en nuestro lugar, Él murió cuando deberíamos haber muerto nosotros, Él estuvo donde deberíamos haber estado. El segundo significado de esa pequeña palabra “por” y el significado enfatizado por otra preposición es este: Él murió *de nuestra parte*, para nuestro beneficio, para asegurar algo indescriptiblemente precioso para nosotros. Él murió, por lo tanto, para la ventaja o el beneficio de otros.

⁷ La palabra en la versión del rey Jacobo de la biblia en inglés es “for”. “But God commendeth his love toward us, in that, while we were yet sinners, Christ died *for* us.” (Romanos 5:8). A la versión del rey Jacobo también se le conoce como la Versión Autorizada. Nota del traductor.

Dos ideas están, por lo tanto, ligadas en estas preposiciones. Primero indican que la expiación de Cristo fue una expiación sustitutiva. Él murió, no por sí mismo, sino por los demás. Y, segundo, lo que Cristo logró fue para el beneficio de otros.

En relación con el significado de estas preposiciones, a veces se hace la distinción entre el sufrimiento activo y pasivo de Cristo. Probablemente sea cierto que la distinción nos ayuda a entender que Cristo pagó por el pecado y también ganó bienaventuranza por nosotros. Sin embargo, la distinción no es del todo adecuada. En todo Su sufrimiento, Cristo estuvo activo. Él era el siervo obediente de Jehová. En el Salmo 40, Él canta: "Él hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado". Él no soportó pasivamente la ira de Dios que fue derramada sobre Él; Él, por así decirlo, se elevó al cielo y, como un acto propio, hizo descender la ira de Dios sobre sí mismo. Bajó la larga escalera hacia el infierno. Allí construyó un altar y se puso sobre él. Él hundió el cuchillo de la ira de Dios en Su propio corazón. Él era el siervo obediente de Dios. Todo el significado de la expiación de Cristo se encuentra envuelto en esa pequeña palabra "por".

Teorías pelagianas, romanas y arminianas

No es de extrañar que los arminianos, y aquellos que atribuyen al hombre ciertos poderes que contribuyen significativamente a su propia salvación, deban decir algo acerca de la expiación de Cristo; es inevitable. Ya en los días de Agustín, en el calor de la controversia pelagiana, aquellos que se oponían a la doctrina bíblica de Agustín de la gracia soberana y particular, quienes hablaban de un amor universal de Dios por todos los hombres y, significativamente, de un deseo universal de Dios de salvar a todos los hombres, afirmaban también que la muerte de Cristo tenía que ser para todos los hombres. En apoyo de esa doctrina, apelaron a los mismos textos de las Escrituras

a los que los arminianos apelan hoy. Los arminianos a veces se jactan de tener una nueva visión del evangelio y aquellos que favorecen la expiación universal se jactan de haber visto cosas concernientes a la expiación de Cristo que son de particular importancia y valor. De hecho, su herejía tiene dos mil años de antigüedad.

Además, cualquiera que quiera una expiación universal debe entender que Roma niega la gracia soberana y enseña la salvación por obras. Pero para mantener esa posición con éxito, Roma también enseña una expiación universal. De hecho, Roma ha enseñado eso durante más de mil años. Roma se comprometió con el semipelagianismo en el Sínodo de Orange (529). Roma selló esa decisión con la sangre de Gottschalk (c.805-c.869), un fiel defensor de la redención particular.

Cuando se discutió la expiación de Cristo en los siglos de dominación católico-romana, se discutió de manera bastante interesante. Se discutió desde el punto de vista de la *necesidad* de la expiación. ¿Era realmente necesaria la expiación? Todos los teólogos católicos romanos anteriores al siglo XI, que yo sepa, enseñaron que el sacrificio expiatorio de Cristo era sólo *relativamente* necesario, si es que era necesario. Hablaron del gran amor de Dios. El amor de Dios es tan grande que Él puede fácilmente perdonar pecados sin una expiación. Hablaron de las infinitas profundidades de la misericordia de Dios.

Si Dios quisiera, y si fuera Su voluntad hacerlo, estaría perfectamente en armonía con Su voluntad revelar las riquezas de Su misericordia diciéndole al hombre: “Soy tan misericordioso que no requeriré el pago de tu deuda. Simplemente perdonaré tus pecados”. La expiación no era esencial. La expiación no surgió de la necesidad.

Sin embargo, Anselmo (c.1033-1109), arzobispo de Canterbury, enseñó en su libro *Cur Deus Homo [¿Por qué Dios se hizo hombre?]* que la expiación era absolutamente necesaria, es decir, que no podía haber salvación del pecado

aparte de la muerte de Cristo. Enseñó que la expiación era absolutamente necesaria debido al hecho de que Dios era santo y justo y que el hombre le debía a Dios una deuda que tenía que pagar, y que el hombre no podía pagar. La única manera en que la deuda podía ser pagada era a través del sacrificio del Señor Cristo Jesús. Anselmo tenía tanta razón en su visión de la expiación que toda la estructura de su argumento fue incorporada en el Catecismo de Heidelberg en los días del Señor 4-6. Cuando lees los días del Señor 4-6, casi puedes escuchar a Anselmo hablando.

En el momento de la controversia arminiana en los Países Bajos, los arminianos inventaron una forma adicional de evitar el significado de la expiación y su alcance. Inventaron lo que a veces se llama la Teoría Gubernamental de la expiación. La teoría gubernamental de la expiación también enseña que la expiación de Cristo no era necesaria para la salvación. El sacrificio expiatorio de Cristo es algo comparable a lo que haría un capitán en un barco si su tripulación se amotinara. Si lograba suprimirlos y recuperar el control del barco, todos los culpables serían responsables del motín en alta mar y serían dignos de muerte. Pero si el capitán del barco mataba a todos los dignos de muerte, no podía navegar el barco. Entonces él podría tomar a uno, tal vez el cabecilla, y colgarlo de la percha. El capitán se vuelve hacia la tripulación y les dice: "Ahora vieron esto. Esto es lo que todos ustedes merecen, pero no voy a hacerles esto a todos ustedes, porque soy un capitán misericordioso. Mientras se porten bien y obedezcan las órdenes, y con sus habilidades navegan el barco, no sufrirán el mismo destino que sufrió su compañero". Dios hace lo mismo. Todos merecemos la muerte, pero Dios en Su misericordia nos dice: "Soy un Dios misericordioso y, por lo tanto, tomaré solo a Mi propio Hijo y lo haré morir como un ejemplo para ti de lo que podría hacerte, si no fuera tan misericordioso. Y, por lo tanto, si se comportan y creen en Cristo, si andan en

obediencia, entonces, aunque merezcan morir, los perdonaré y los salvaré. Cristo es el que es testimonio vivo del hecho de que Yo podría matarte, aunque no lo haré". Esa era la teoría de los arminianos y bajo esa teoría general encontraron espacio para un sacrificio expiatorio que era de valor para todos los hombres y significativo para todos. Por lo tanto, todos deben ver lo que Dios podría hacerles. Sin embargo, la misericordia de Dios y el amor por todos ahora hacen que la expiación esté universalmente disponible. Cristo es el gran ejemplo de la voluntad de morir por todos. La salvación ahora descansa en la voluntad del hombre de aceptar la salvación disponible.

Controversias en Escocia, Gales y América

Había otras teorías. No necesito adentrarme en ellas. Pero hay una de significancia que me parece importante. Fue desarrollada por la escuela del francés, Moise Amyraut (1596-1664), sostenida por algunos presentes en la Asamblea de Westminster, impartida por Richard Baxter, y desarrollada por los Marrow men [hombres de la médula] en Escocia en el siglo XVIII. Fue un factor importante en la muerte del calvinismo en Gales también. La importancia radica en su estrecha conexión con la doctrina de la oferta bien intencionada de la salvación.

En la Escocia del siglo XVIII, surgió una controversia sobre la predicación del evangelio. Había algunos en la Iglesia (presbiteriana) de Escocia que creían que la predicación, en términos generales, era fría y abstracta, y conducía al antinomianismo. Ellos abogaban por un discurso más directo y personal del evangelio, que confrontaría al pecador con las demandas del evangelio, pero también con el deseo de Dios de salvarlo. Brevemente, sostuvieron la posición de que el poder del evangelio radicaba en la presentación de Cristo como Aquel que deseaba fervientemente su salvación, los amaba

grandemente y había hecho todo lo posible para hacer posible su salvación; o, para usar su propio lenguaje, “les habían dado por Su muerte una autorización para creer”. Estos hombres de la médula, así llamados, se dieron cuenta de que esta idea requería algún ajuste de la doctrina de la expiación. Y así describieron la expiación de una manera extraña: “Cristo no murió por todos, sino que está muerto por todos”. Querían ser conocidos como calvinistas que creen en la redención particular, pero también querían una oferta de salvación bien intencionada. Para decirlo en otras palabras, el evangelio es una oferta bien intencionada de parte de Dios a todos los hombres basada en la cruz de Cristo en la que él sufrió para poder estar muerto para todos.

La idea se afianzó en Gales. Había una fuerte iglesia calvinista en Gales, al menos en lo que respecta a la doctrina. La iglesia calvinista en Gales tenía defectos en la política de la iglesia porque se estableció bajo la influencia de George Whitefield, pero en doctrina era fuerte. Se aferró a la doble predestinación, a la expiación limitada y a los otros puntos del calvinismo. Hubo algunos destacados predicadores calvinistas en la historia del calvinismo galés. Pero hubo quienes quisieron la bien intencionada oferta del evangelio y vieron que una oferta del evangelio bien intencionada requería una expiación universal en algún sentido, porque Dios no podía ofrecer libremente una salvación a todos sin que esa salvación estuviera, en cierto sentido, disponible para todos. Otros se opusieron a la expiación universal, pero fueron persuadidos de que para predicar el evangelio a los no convertidos y para participar con éxito en la obra misionera, uno tenía que tener una oferta bien intencionada del evangelio. Es decir, uno tenía que predicar, “Dios te ama. Dios quiere salvarte a ti”, a todos los que escuchan el evangelio. Uno tenía que decir eso, de lo contrario no podría predicar.

Todavía hoy es cierto que se acusa a las personas reformadas de que no pueden predicar en el campo misionero o a los no convertidos, excepto por medio de una oferta del evangelio. Debido a que incluso los calvinistas galeses no entendieron los problemas, se desviaron y dijeron: “Sí, eso es cierto. ¿Cómo podemos predicar a menos que podamos decirle a cada hombre, ‘Dios te ama, Dios quiere salvarte?’” Pero entonces la gran pregunta fue: ¿Qué derecho tenemos a decirles a los hombres que Dios los ama? La respuesta fue: Cristo murió por todos los hombres.

Tuvimos lo mismo en la historia de nuestras Iglesias Protestantes Reformadas cuando la Iglesia Cristiana Reformada (CRC) en 1924 adoptó la oferta bien intencionada del evangelio como uno de los puntos de la gracia común. La pregunta se les hizo repetidamente, ¿cuál es el fundamento judicial de la gracia de Dios para todos los hombres? ¿Cuál es el fundamento legal de Su amor por todos los hombres? ¿Cómo *puede* amar a todos los hombres cuando todos son totalmente depravados? A esa pregunta nunca se le dio una respuesta satisfactoria hasta que un sínodo de la CRC se negó oficialmente a condenar a un profesor en su seminario que enseñaba que la muerte de Cristo era universal en su extensión, su intención y su suficiencia. Yo estaba en ese sínodo escuchando el debate. Hubo quienes en el piso del sínodo se opusieron vigorosamente a la posición del profesor del seminario que enseñó una expiación universal, que era, de hecho, un profesor de misiones. Él estaba enseñando en las iglesias que la muerte de Cristo era universal con respecto a su suficiencia, su intención y su disponibilidad. El único aspecto particular de la expiación de Cristo que no era universal era su eficacia. Recuerdo que el debate fue bastante acalorado y furioso, pero finalmente uno de los delegados al sínodo se levantó y, en un discurso bastante largo, hizo esta observación: “Hermanos, ¿qué les pasa?

Creemos en la oferta bien intencionada del evangelio, ¿no es así? Y si creemos en la oferta bien intencionada del evangelio, ¿cómo podemos condenar a alguien que enseña una cruz universal de Cristo?" Con eso, el debate había terminado. Se decidió oficialmente que la muerte de Cristo es universal.

Suficiencia

Aquellos que argumentan que, debido a la oferta bien intencionada del evangelio, la expiación tiene que ser universal en algún sentido, enfatizan especialmente la palabra suficiencia. Incluso nuestros credos enseñan que la cruz de Cristo Jesús es suficiente para expiar los pecados de todo el mundo. Por lo tanto, hay que decir algunas cosas sobre la palabra suficiencia. *Los Cánones de Dordt* II:3 dicen:

“Esta muerte del Hijo de Dios es la ofrenda y la satisfacción única y perfecta por los pecados, y de una virtud y dignidad infinitas, y sobradamente suficiente como expiación de los pecados del mundo entero”.

“Vean”, dicen los oponentes de la redención particular, “incluso los cánones enseñan la suficiencia universal”.

Hay que hacer dos observaciones a este respecto. Primero, los padres de Dordt estaban respondiendo a una objeción de los arminianos contra la doctrina de la expiación limitada. Los arminianos acusaron a los reformados: “Ustedes hablan de manera despectiva del sacrificio expiatorio de Cristo, porque limitan su valor”. Lo que los arminianos querían decir era que, al limitar la expiación a los elegidos, estaban limitando la expiación a solo unas pocas personas y, por lo tanto, hablando de una manera insultante sobre la muerte de Cristo. Los teólogos de Dordt rechazaron ferozmente esa acusación. En los cánones II:3, los padres estaban diciendo, en efecto, que “el sacrificio expiatorio de Cristo no debe medirse en términos

cuantitativos, como si pudiera ser medido en pintas, cuartos o galones, o en pulgadas, pies o yardas. “Pero”, y aquí está la diferencia crucial y fundamental, “si uno mira el sacrificio expiatorio de Cristo desde el punto de vista de la dignidad de Aquel que lo hizo, entonces, porque Aquel que sufrió y murió es el Hijo de Dios, Su muerte habría sido suficiente para salvar a toda la humanidad, si Dios así lo hubiera decretado”. Los reformados se negaron a admitir que ponían en duda la maravilla de la muerte de Cristo. De hecho, los reformados insistieron en que no ellos, sino los arminianos hicieron ligereza del sacrificio de Cristo, porque los arminianos hicieron que Su expiación fuera ineficaz porque no pudo salvar a los incrédulos. Algunos por quienes Cristo murió realmente perecieron.

Segundo, todos aquellos que apelan a la palabra suficiencia, como prueba de una expiación universal, usan el término en un sentido completamente diferente al de los padres de Dordt. Toman la palabra suficiencia y sostienen que el término expresa la *intención* de Dios de salvar a todos los hombres. Él ha proporcionado una expiación suficiente para salvar a todos los hombres. La oferta del evangelio es la revelación del amor y la misericordia de Dios hacia todos los hombres arraigados en la cruz, y es por eso que la expiación es suficiente para todos. Así reclaman los arminianos.

De hecho, los padres repudiaron expresamente tal interpretación como totalmente ajena a las Escrituras. Esto se desprende claramente de los cánones II:8:

Porque este fue el consejo absolutamente libre, la voluntad misericordiosa y el propósito de Dios Padre: que la virtud vivificadora y salvadora de la preciosa muerte de Su Hijo se extendiese a todos los predestinados para, *únicamente* a ellos, dotarlos de la fe justificante, y por esto mismo llevarlos infaliblemente a la salvación; es decir: Dios quiso que Cristo, por la sangre de Su cruz con la que Él

corroboró el Nuevo Pacto, salvase eficazmente, de entre todos los pueblos, tribus, linajes y lenguas, a todos aquellos, y *únicamente a aquellos*, que desde la eternidad fueron escogidos para salvación, y que le fueron dados por el Padre...

Note que el artículo está hablando del consejo soberano y de la voluntad y propósito más misericordiosos del Padre. Es decir, los cánones II:8 hablan de la *intención* de Dios en la muerte de Cristo. Esa intención no era salvar a todos los hombres, sino salvar a los elegidos y sólo a estos. La apelación de los arminianos al término suficiente es errónea.

“Mundo” y “todo”

Debo decir algunas palabras a este respecto sobre la apelación a aquellos textos en la Biblia que usan las palabras mundo y todo en relación con la muerte de Cristo. Por ejemplo, Juan 3:16 habla del amor de Dios por el mundo que lo impulsó a dar a Su hijo. Y I Juan 2:2: “Y él [es decir, Cristo] es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de *todo el mundo*”. Nuevamente, en I Timoteo 2:5-6, leemos: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por *todos*, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”. No quiero decir demasiado sobre estas cosas porque me parece que estamos tratando con tales fundamentos de la fe cristiana que cualquiera que piense en el asunto debería saberlo mejor. Pero permítanme decir algunas palabras al respecto, sin embargo, para que no se me acuse de esquivar el tema.

En primer lugar, la palabra “mundo” se encuentra con mayor frecuencia en los escritos de Juan, en su evangelio y en sus epístolas, particularmente en su primera epístola. Cuando Juan usa la palabra mundo, lo hace porque está tan asombrado por la grandeza del sacrificio

expiatorio de Cristo, porque la cruz es de significado cósmico. El cielo y la tierra reverberaron con el poder de la muerte de Cristo Jesús. ¿Qué quiere decir Juan? Él quiere decir, primero, que cuando Cristo murió por el mundo, murió por el mundo de la raza humana. No deben pensar que es para judíos, o galeses, holandeses o alemanes solamente. Él murió por el *mundo*. Pero el mundo por el cual murió es el mundo de la elección eterna: el mundo verdadero, el decreto eterno del mundo de Dios, el mundo que se reúne por la predicación del evangelio a través de todas las edades de los tiempos, el mundo que Dios determinó salvar desde toda la eternidad. Dios no es un Dios estrecho que limita su salvación a unos pocos; Dios salva al mundo.

Ustedes dirán: “Sí, pero toda la humanidad pertenece al mundo”. Esto no es cierto desde el punto de vista del consejo de Dios. El mundo es el mundo de la elección soberana: el mundo es el mundo que Él le dio a Cristo. Este es el mundo que Él ama, la verdadera raza humana. Los réprobos son el andamiaje que Dios usa para construir el templo de la iglesia elegida por la predicación del evangelio. Son la paja que al final de los tiempos se separará del trigo. Dios salva a toda la raza humana, así como el agricultor salva toda su cosecha de trigo, aunque primero debe separarse de la paja. Es por eso que Juan 3:16 agrega, “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Solo los elegidos creen en Cristo.

Segundo, como Pablo señala en Colosenses 1:20, Dios reconcilia todas las cosas consigo mismo por la muerte de su hijo en la cruz. Él reconcilia no solo al mundo elegido, la iglesia reunida de toda nación, tribu y lengua; Él reconcilia consigo toda la creación terrenal. Él estableció su pacto con Noé y puso el arcoíris en las nubes como un signo de las implicaciones universales de la muerte de Cristo. Cristo murió por el universo: el poder de su muerte es cósmico.

Tercero, Pablo también deja claro en Colosenses 1:20 que tan grande es el sacrificio expiatorio de Cristo que, maravilla de maravillas, Dios reconcilió consigo mismo las cosas en la tierra y en el cielo. La creación celestial, en la que el pecado había entrado a través de la rebelión de Satanás, Dios la reconcilia consigo mismo en la muerte de su Hijo. Pero no sólo la creación celestial se salva; también el mundo de los ángeles elegidos que, como dice nuestra Confesión Belga, permanecieron de pie por la gracia de Dios (Artículo 12). Por lo tanto, los ángeles permanecen de pie por la gracia de Dios que viene sólo a través de la cruz de Cristo. Todas las cosas en el cielo y en la tierra son reconciliadas con Dios por la muerte de Cristo Jesús. Juan ve el grandioso, amplio, omnicomprensivo poder de la obra expiatoria de Cristo en ese momento en que él murió en la cruz y dijo: Consumado es (Juan 19:30). El cielo y la tierra reverberaron con los poderosos efectos del sacrificio expiatorio de Cristo Jesús. Los arminianos nunca pueden acusar a los reformados por ser estrechos. Tenemos una concepción mucho más grandiosa y gloriosa del poder de la cruz de lo que es posible para un arminiano.

Así sucede con la palabra “todo”. No fue hace mucho tiempo que en *Grand Rapids Press* hubo una historia de un gran incendio en una parte de la ciudad. Esta declaración apareció en esa historia: “Todo Grand Rapids estaba allí”. ¿Todos de las casas de descanso? ¿en los hospitales? ¿Cada bebé en brazos? ¿Cada madre que da a luz a un bebé? ¿Cada persona vieja y postrada en cama? Eso no es lo que la prensa quiso decir. ¿Fue una hipérbole? ¿Fue una exageración innecesaria? No, la prensa quiso decir correctamente que el incendio era tan grande y de tal magnitud que cada parte de Grand Rapids estaba representada allí. Había gente de los extremos sureste y suroeste, así como de otras partes de la ciudad; había adultos presentes, jóvenes y niños; había blancos, negros y mexicanos que vinieron a ver el incendio. Los ricos y los

pobres estaban presentes. No hubo un solo aspecto de la vida multicultural de la ciudad de Grand Rapids que no estuviera representado en ese incendio. Cuando las Escrituras nos dicen que Juan el Bautista estaba bautizando en el río Jordán, y “toda Judea” (Mateo 3:5) vino a Juan para escucharlo y ser bautizada por él, el significado no es que todos y cada uno de los hombres, mujeres, niños y bebés en brazos vinieron al Jordán para escuchar a Juan predicar y ser bautizados por él. A nadie se le ocurriría afirmar que la Escritura usa ese tipo de significado. Lo que las Escrituras quieren decir es que representantes de toda la provincia de Judea vinieron a Juan. Y así, la Escritura, al hacer uso del término “todo”, habla de toda clase de hombres, como es obvio en el contexto de I Timoteo 2:5-6 (cf. vv.1-2). Dios salva a la raza humana; Dios salva la mayor variedad infinita de personas de diferentes naciones y tribus y lenguas, de diferentes caracteres y personalidades, de diferentes estratos de la sociedad y la edad. Se reconcilian en la sangre de la cruz para amalgamarlos juntos en la verdadera raza humana, concebida por Dios desde toda la eternidad en Su decreto de elección y salvada en el poder de la cruz.

Unión con Cristo

El poder de la cruz es nuestro porque en esa cruz ustedes y yo estábamos representados. Estábamos en Cristo. Hay un himno (no me gusta), cuya letra dice así: ¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor? No me interesa esa pregunta; es la pregunta equivocada. Es una pregunta que nadie debería hacerse: ¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor? De hecho, históricamente, yo no estuve allí. Pero si quieres decir, ¿Yo, por mi naturaleza pecaminosa participo en el horror de crucificar al Hijo de Dios? La respuesta es: sí, yo estaba allí, realizando el mismo acto cobarde que los judíos, con la connivencia de Herodes y Poncio Pilato, estaban realizando. Más bien, la pregunta

es: ¿estabas en Cristo cuando crucificaron a mi Señor? Esa es la pregunta para ti: ¿Estabas en Cristo? Estar en Cristo es el único punto importante.

Esa pregunta me lleva a una asombrosa y maravillosa doxología del apóstol Pablo, al concluir el capítulo 2 de su epístola a los Gálatas, después de afirmar la doctrina de la justificación solo por la fe: "Con Cristo estoy juntamente crucificado". Ese es el grito de triunfo que levanta. Cuando Cristo estaba colgado en la cruz, yo fui crucificado; yo, muerto, depravado, atado al infierno, pecador indigno. Yo estaba colgado allí en la cruz. Lo sé y lo creo porque Él estuvo en mi lugar. Él me representó; Él era mi representante judicial. Morí en Adán porque pequé en Adán. Pero estoy crucificado con Cristo, y porque fui crucificado con Cristo, vivo.

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).

Durante esta vida, camino en este valle de sombra de muerte. Soy pecador y propenso al mal. Mi camino termina en la tumba. Estoy rodeado de muerte y saboreo la muerte todos los días. Pero estoy crucificado con Cristo. Por lo tanto, vivo, pero es Cristo quien vive en mí. Esa vida es mía por fe, porque Él no sólo murió por mí, sino que resucitó a una nueva vida. Esa vida es mía. Esa es la confesión personal del hijo de Dios.

Por lo tanto, solo tenemos una canción para cantar. Es la canción del mismo apóstol Pablo en la misma epístola a los Gálatas, cuando concluye su epístola: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gálatas 6:14).